

---

# EUSKAL HERRIA EN BUENOS AIRES. EL EXILIO VASCO EN LAS PÁGINAS DE *ORDEN CRISTIANO*<sup>1</sup>

José Zanca<sup>2</sup>

## *Palabras clave*    *Resumen*

Humanismo cristiano,  
Exilio vasco,  
Guerra civil española,  
Antifascismo católico

### *Recibido*

8/6/2015

### *Aceptado*

15/6/2015

El exilio vasco de la Guerra Civil española (1936-1939) tuvo un importante peso en la publicación católica antifascista *Orden Cristiano*. Los representantes del gobierno vasco en el exilio se vincularon estrechamente con un segmento del catolicismo identificado con el humanismo cristiano. Esta corriente compartió los modelos sociales y eclesiales impulsados por intelectuales como Jacques Maritain, Emmanuel Mounier y los líderes políticos democristianos de la segunda posguerra. La presencia del discurso antifranquista del exilio vasco permitió perfilar un modelo de catolicismo que, sin abandonar sus banderas anticomunistas, se afiliaba a una concepción pluralista del orden político, rechazando el modelo de cristiandad que intentaba ser restaurado en la península ibérica. La intervención de los vascos en *Orden Cristiano* revela los aspectos más significativos del perfil del humanismo cristiano en la segunda posguerra: la opción por la democracia política y el empoderamiento del laicado.

## *Key words*    *Abstract*

Christian humanism,  
Basque exile,  
Spanish civil war,  
Catholic anti-fascism

### *Received*

8/6/2015

### *Accepted*

15/6/2015

The Basque exile of the Spanish Civil War (1936-1939) had an important role in the anti-fascist Catholic publication *Orden Cristiano*. Representatives of the Basque government in exile were closely linked to a segment of catholicism identified with Christian humanism. This current shared social and ecclesial models promoted by intellectuals like Jacques Maritain, Emmanuel Mounier, and Christian Democratic political leaders after World War II. The presence of anti-Franco discourse outlined a model of Catholicism that, without abandoning their anticommunist flags, was joining a pluralistic conception of the political order, rejecting the model of Christianity that tried to be restored in the Iberian Peninsula. Basque intervention in *Orden Cristiano* reveals the most significant aspects of the Christian humanism profile in the Second World War: the option for political democracy and empowerment of the laity.

---

1 Este trabajo es una apretada síntesis de las tareas realizadas en el marco del proyecto *Itinerarios reformistas, perspectivas revolucionarias (1909-1949)* (Universidad de Girona, España, Referencia HAR 2012-35322). Agradezco los aportes de los profesores Ángel Duarte y Maximiliano Fuentes Codera, así como la inapreciable ayuda de Iñaki Goiogana, del Archivo de la Fundación Sabino Arana de Bilbao.

2 CONICET y Universidad de San Andrés, Argentina. jzanca@udesa.edu.ar.

A principios de 1937, en una campaña de once semanas en el norte de España, Francisco Franco avanzó enfrentando la dura resistencia de los vascos y lidiando contra sus propias torpezas. Los rebeldes ocuparon Bilbao a fines de junio, definiendo la conquista del norte con la toma de Asturias. El 17 de agosto, José Antonio Aguirre, el presidente del breve gobierno autónomo vasco creado en octubre de 1936, abandonó la región. Los vascos acordaron con las tropas italianas que se respetaría la vida y las propiedades de los vencidos y no se impediría la salida de los que así lo desearan. Pero Franco rompió el pacto el 26 de agosto y los vascos quedaron atrapados. La caída del norte permitió a Franco concentrarse en un solo frente y demostró las dificultades del bando republicano para contener una ofensiva de los rebeldes.

El Partido Nacionalista Vasco (PNV) era una agrupación nacionalista y católica. Al igual que en el bando franquista, la militancia política se fundía con la religiosa. Sin embargo, no sin pocas cavilaciones, en 1936 el nacionalismo vasco decidió apoyar al gobierno de la Segunda República. Sabino Arana y Goiri había fundado el PNV en 1895 con un perfil marcado por la etnicidad y la ultrareligiosidad. Sin embargo, durante la Segunda República el PNV se había actualizado al ritmo de la modernización de la sociedad vasca. La nueva generación del PNV de fines de la década de 1910 (José Antonio Aguirre, Pedro de Basaldúa, Manuel de Irujo, Francisco de Landaburu, Juan Irazusta, Jesús María de Leizaola), con matices y diferencias, había incorporado al nacionalismo una concepción socialcristiana de la justicia distributiva y el respeto al orden republicano. Esta conciencia social del PNV hizo que el legado antiliberal, y en buena medida reaccionario, de Sabino Arana pasara a segundo plano. Esta mutación puso en evidencia un espacio de negociación entre la cultura y la fe, entre la política y la religión. Si ser un partido católico enfrentaba al PNV con las fuerzas progresistas (y anticlericales) de la Segunda República, haber enarbolado la bandera de la fe permitía a los laicos que conformaban la dirigencia partidaria empoderarse en relación a los sacerdotes y los obispos españoles.<sup>3</sup>

Las alianzas del PNV desde la proclamación de la Segunda República fueron variando en función del objetivo de obtener un régimen de autonomía para el País Vasco. La negativa de las Cortes del primer bienio (1931-1933) se debía al temor de que un Euskadi autónomo se convirtiera en el "Gibraltar vaticanista" que denunciaban los políticos de izquierda. Los sectores del tradicionalismo carlista, con fuerza en Navarra, al igual que otros políticos de derecha, e incluso monárquicos, apoyaron el proyecto de autonomía vasca. Al mismo tiempo, la oposición entre los vascos y el primer gobierno republicano se explicaba por el corte laicista que había adoptado la Constitución, y por los hechos de violencia de los que habían sido blanco figuras y edificios de la Iglesia Católica.

Cuando las fuerzas de derecha reunidas en la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) ganaron las elecciones en 1933 y constituyeron una mayoría parla-

---

3 Sobre el tema, ver Fusi Aizpurua (1986), Agote (1989), De la Granja (1995, 2008), Núñez Seixas (2006), Mees (2003), Aizpuru Murua, (2001), Cándano (2006).

mentaria, el estatuto de autonomía vasco, lejos de ser aprobado, pasó a estudio de una comisión que no se había expedido cuando estalló la Guerra Civil. El llamado “bienio negro”, de hegemonía cedista, fue testigo de la insurrección de Asturias y de su posterior represión por parte del gabinete derechista. Esa forma de encarar la cuestión obrera también abrió zanjas entre los católicos vascos y las fuerzas de derecha tradicionalistas católicas. El PNV de Aguirre había incorporado el discurso y las prácticas del catolicismo social como parte del movimiento de la Iglesia que buscaba, desde fines del siglo XIX, “recristianizar” los sectores populares combatiendo la influencia del socialismo y el anarquismo. Se había formado así Solidaridad de los Trabajadores Vascos, una organización que tuvo influencia en el norte de España y rivalizó con las fuertes Unión General de Trabajadores (UGT) y Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Muchos militantes del PNV participaron en las jornadas de octubre de 1934.

Estas diferencias entre el PNV y la derecha promovieron la colaboración de un sector importante de la dirigencia nacionalista vasca con algunas fuerzas del Frente Popular, que se impusieron en las elecciones de febrero de 1936. Sin embargo, producido el golpe de estado de julio de ese año, no estaba claro, en los primeros días de la insurrección, cuál sería la postura del PNV. De hecho, el alzamiento había triunfado rápidamente en Navarra. Sin embargo, la opción de los hombres de Bilbao fue el apoyo a la República.

La oposición a las fuerzas de Franco (quien era particularmente adverso a cualquier forma de autonomismo) generaba a los católicos vascos, y en especial a su dirigencia nacionalista, un conflicto con la Iglesia de España que, si bien no había declarado todavía su apoyo a la “cruzada” franquista –como lo haría en 1937–, ya había dado sobradas señales del bando en el que militaba. El Vaticano tenía una posición más ambigua. Si bien las relaciones con la República habían sido hostiles, nunca se habían cortado, y de hecho pasaron muchos meses hasta que Pío XI reconoció en forma semioficial al gobierno de Burgos (Marquina Barrio 1982, Redondo 1993, Álvarez Bolado 1995). Debe tenerse en cuenta el rol que jugó el clero vasco, con influencia en los pasillos vaticanos, el temor del Papa a los elementos fascistas que rodeaban a Franco y la presión que empezaron a ejercer figuras que se encontraban en el pináculo de la cultura católica francesa. Los vascos podían fácilmente argumentar que un ejército multinacional, integrado por “infeles musulmanes”, estaba atacando un territorio católico, donde, a diferencia del resto de la zona leal, la práctica religiosa no se había interrumpido, iglesias y sacerdotes no fueron molestados y ninguna fábrica había sido colectivizada. Si en el País Vasco hubo guerra civil, es igualmente cierto que no se produjo ninguna revolución. Intelectuales como Bernanos, Mauriac, Maritain, Mounier, las revistas *Sept*, *Esprit*, *Vie Intellectuelle*, con posturas distintas, defendieron la actuación de los vascos en la contienda, enfrentando a un modelo de catolicismo tradicional, autoritario y militarizado, que representaba el bando de los sublevados (Garosci 1959, Tusell y García Queipo del Llano 1993, Tusell 1990).

Luego de la derrota de junio de 1937, pero especialmente después de la derrota definitiva del bando republicano a principios de 1939, los vascos confluyeron en el gran

torrente del exilio español. El destino inicial fue Francia, de la cual nuevamente debieron huir o encontrar formas de sobrevivir a la ocupación alemana de 1940 (Basaldúa 1943, Aguirre y Leucube 1943). En el País Vasco fueron ejecutados más de una docena de sacerdotes, a quienes se acusaba de haber debilitado el “españolismo” en los seminarios (Aizpuru 2007). Otros pudieron exiliarse y, en muchos casos, su destino fue Sudamérica, en especial Argentina. Por su parte, el gobierno vasco siguió funcionando en el exilio.<sup>4</sup> José Antonio Aguirre había sido nombrado primer Lehendakari (presidente) en octubre de 1936 (Mees 2006). Desde 1937 se había instalado con el gobierno vasco en Barcelona, y definitivamente en París tras la caída de la ciudad en enero de 1939. Durante la guerra europea la dirigencia vasca colaboró estrechamente con los servicios de inteligencia y seguridad norteamericanos, e incluso aportaron el batallón “Guernica”, del cual fue capellán el padre Iñaki de Azpiazu. Este sacerdote tendría una larga estancia en Argentina, donde el episcopado le encargó la pastoral carcelaria, y *a posteriori* le cupo un papel central en la ruptura de relaciones entre la Cuba revolucionaria y la España franquista (Uría 2011).

En 1945 los exiliados vascos –y el resto del exilio republicano–, esperaba ansiosamente que la colaboración con los Aliados fuera correspondida por parte de los norteamericanos y Franco fuera expulsado de la península. Sin embargo, las necesidades de la Guerra Fría, y el temor a la instalación de un nuevo gobierno de izquierda en una Europa más que sensibilizada, hicieron que los gestos de los Estados Unidos se dirigieran a sostener, más que derrocar, al gobierno franquista. Colaboró con ello el hecho de que a partir de 1945 se reiniciara la relación entre el gobierno de Franco y el catolicismo político (después de una “fría” posguerra civil), con la incorporación de figuras destacadas de la Acción Católica al elenco gubernamental español (Tusell 1984).

Al estallar la Guerra Civil en 1936, la opinión pública argentina se dividió en torno a los dos bandos en lucha. Sin embargo, como lo han señalado distintos analistas, las organizaciones sindicales y una parte importante del partido popular más numeroso, la Unión Cívica Radical, mostró su simpatía por la República.<sup>5</sup> La cuestión se complicó en el campo católico con las primeras afirmaciones de Jacques Maritain. Al declararse neutral y condenar explícitamente el ataque a los vascos, la polémica no se hizo esperar. La virulencia que ésta alcanzó era el producto del peso que el filósofo francés ejercía sobre la intelectualidad católica local y del hecho de que muchos de sus seguidores más fieles en Argentina también lo acompañaron, protestando contra la alineación automática del catolicismo argentino con el bando franquista (Zanca 2013, Zanca 2014).

Las políticas estatales respecto a los refugiados europeos, en especial los republicanos españoles, mostraron altos grados de hostilidad, hacia un tipo de inmigrante consi-

---

4 Ver Azpiazu (1957, 1964), Onaindia (1973) y el documento sobre la guerra en tierras vascas (Anónimo 1938).

5 Entre otros, ver Quijada (1991), Trifone y Svarzman (1993), Goldar (1996), Figallo (1996), Comellas Aguirrezabal (1999), Rein (1997).

derado “indeseable”. Sin embargo, los vascos representaron una excepción (Schwartzstein 2001, Senkman 1997). El origen vasco de muchas figuras dirigentes en la política argentina, sumado al imaginario de un inmigrante considerado “laborioso”, “honesto”, “religioso”, hicieron que se los exceptuara de las restricciones que pesaban sobre el resto de la inmigración. En 1938 un grupo de notables de prosapia vasca conformaron el Comité Pro-inmigración Vasca, presidido por el diputado José Urbano de Aguirre Guisasola. Éste logró que el presidente Ortiz emitiera dos decretos que facilitaban la llegada de inmigrantes vascos, considerados “desde la constitución del país [...] un vigoroso aporte a la población y al progreso de la Nación, por las cualidades de laboriosidad y de adaptación a nuestro medio económico social”. El Comité cumpliría un rol de auxiliar del estado: reconociendo implícitamente la dificultad para tramitar documentos a través del nuevo estado franquista, disponía que el mismo Comité podría “intervenir en la regularización de pasajeros vascos que ya se encuentren en el país, exceptuando el caso de los tripulantes de barco que hubieren desertado”.<sup>6</sup> En diciembre de 1946, los decretos fueron derogados por el gobierno de Juan Domingo Perón. A pesar de las gestiones de los líderes del exilio en Argentina, y de la intermediación del diputado del bloque peronista Ángel Mariategui, las peticiones fueron infructuosas.<sup>7</sup> El exilio se vinculó desde sus orígenes con el antiperonismo. Los informes de los delegados y los representantes locales ante las autoridades residentes en Europa ponían de manifiesto el carácter autoritario y dirigista del gobierno justicialista, así como sus estrechos vínculos con la iglesia católica argentina, a la que se calificaba como institución cooptada por elementos de la derecha reaccionaria. Esta posición frente al peronismo –coincidente con la mirada que otros grupos antifascistas proyectaron del naciente régimen–, condenó al exilio a vegetar entre la decadente dirigencia de los partidos políticos tradicionales y a unir su suerte a la de la tradición político-cultural del liberalismo.

Los exiliados vascos vinculados al nacionalismo desplegaron sus acciones en el marco de las organizaciones étnicas preexistentes, con el resto de los refugiados de la Guerra Civil, y se distinguieron por su participación activa en el campo católico. Esto último permitió una particular amalgama de tradiciones discursivas, reapropiaciones y justificaciones que se manifestaron de manera explícita en los combates que libraron contra los defensores del bando rebelde desde la revista *Orden Cristiano*.

#### GUERRA DE PALABRAS

*Orden Cristiano* fue un reflejo de las divisiones que se habían producido en el interior del catolicismo en los años treinta, que cristalizaron, a partir de la Guerra Civil

6 José Urbano de Aguirre, Dos decretos argentinos pro-inmigración vasca. <http://www.euskomedia.org/PDFAnlt/congresos/07/07361364.pdf>

7 Francisco de Basterrechea a Aguirre, 27 de diciembre de 1946. Archivo Histórico del Gobierno Vasco. Gobierno de Euzkadi (AN-GE) 654-1.

Española, en distintas estrategias organizativas y editoriales. Sin embargo, la nueva revista llevaría el enfrentamiento interno a un nuevo nivel. Las figuras que transitaban por *Orden Cristiano* desde 1941 participaban, desde un lustro atrás, en los conflictos entre católicos nacionalistas y “democráticos” (Zanca 2013). De manera bastante precisa puede fecharse el inicio de esta partición con la visita de Jacques Maritain a la Argentina en octubre de 1936. Allí quedaron las cartas al descubierto. En realidad, se trataba de la manifestación local de la división que el clivaje fascismo - antifascismo había creado en toda la cultura política europea. La Guerra Civil española sólo vino a concretar, en forma de ruptura, esta división. Maritain, que se había negado a apoyar a los sublevados, desplegó en su visita gestos que irritaron hasta el límite a los nacionalistas. En sus conferencias, rescató aspectos notables de la modernidad, y se atrevió, además, a dar una charla en la Asociación Hebraica. Su participación en la reunión del PEN Club, donde se sumó al bando de los antifascistas, no hizo más que agudizar la decepción de los católicos que lo habían invitado. Luego de su visita, la polémica arreció en las páginas de la prensa católica, nacionalista y liberal. Maritain estuvo en boca de todos: Alfredo Palacios, el diputado socialista, lo mencionó en un discurso en el Congreso Nacional, cuando se debatió un proyecto de ley de represión al comunismo.<sup>8</sup> El escritor y militante de izquierda Raúl González Tuñón le envió una “carta abierta” exigiéndole una definición más clara, preguntándose cómo él, un “católico sincero, escritor honrado y antifascista”, no había repudiado “a la hez católica y fascista que lo rodea” (Tuñón 1936).

Los católicos nacionalistas rechazaron las posturas de Maritain. Las páginas de *Criterio* registraron la disputa más áspera entre distintas figuras del catolicismo local. Abierta la grieta entre unos y otros, el filósofo francés aconsejó a sus seguidores argentinos que formaran grupos reducidos de estudio. Entre quienes apoyaron a Maritain luego de su visita de 1936, se encontraban Rafael Pividal, Augusto Durelli, Jaime Potenze y Manuel Ordóñez. Pocos, mal formados, los primeros maritainianos eran un grupo heterogéneo y débil. Su primera iniciativa fue lanzar una colección de libros, traducciones de los referentes europeos de esta nueva corriente, a la que definían de muy distinta manera: “humanismo cristiano”, “catolicismo evangélico”, “personalismo”. De allí surgió la colección Nueva Cristiandad, que publicaba la editorial Losada y dirigía Rafael Pividal. Su primer volumen fue la traducción de una de las conferencias que dictó Maritain en Buenos Aires (Maritain 1939). El siguiente fue un extenso ensayo sobre el nacionalismo que redactó Augusto Durelli (1940). Se trataba de un joven y fogoso militante católico, que había estudiado ingeniería en la Universidad de Buenos Aires y realizado un posgrado en Ciencias Sociales en la Universidad Libre de París. Durelli tomaba como referentes, más allá de Maritain, a buena parte de los intelectuales católicos antifascistas franceses como Mounier, Mauriac, Bernanos y las revistas *Sept*, *Esprit*, *La Vie Intellectuelle*. Para estos humanistas cristianos, Francia era un modelo a seguir por la

---

8 Cámara de Senadores de la Nación, *Diario de sesiones*, 29 de diciembre 1936, pp. 530-531.

calidad, la libertad y el modo en que los intelectuales ligados a la iglesia intervenían en la esfera pública.

En su primer número, Pividal se encargó de redactar el *avant-propos* de *Orden Cristiano*. Allí identificaba a los adversarios de la revista como aquellos que tomaban el catolicismo “como un partido y no como la Religión de la Verdad”, quienes pretendían “implantar un orden cristiano por la fuerza” y que, siguiendo a Charles Maurras, tomaban como ejemplo al Duque de Alba “catolizando Flandes con la punta de la espada”. Para Pividal la iglesia vivía en esos días un grave peligro, que no provenía de fuera “sino del seno mismo de la comunidad cristiana”. A diferencia de los nacionalistas, creía que los mejores valores de la Modernidad se habían originado en ideas cristianas, aun cuando hubieran sido mal utilizados por el liberalismo. “Respeto al individuo, tolerancia civil, justicia entre los hombres, paz internacional, son ideas cristianas. Si es cierto que esas ideas han sido desafectadas y puestas al servicio de una falsa filosofía, no es menos cierto que son buenas en sí mismas y que son el producto del fermento evangélico puesto por Cristo en la Sociedad...”<sup>9</sup>

La redacción de *Orden Cristiano* se pobló de hombres vinculados al nacionalismo vasco: sacerdotes como Tomás de Bacaicoa, Bernardino de Echeverría, Bernardo Etchegoinberry, Fermín de Ochoa, o laicos como Juan M. de Lasarte. En su saludo por los seis años de *Orden Cristiano*, Acción Vasca en la Argentina señalaba que la revista “de inspiración católica [...] es para los vascos su propio vocero”. “Los vascos, que perseguidos por las hordas bárbaras del nuevo orden, buscamos refugio en estas hospitalarias tierras, vimos en ORDEN CRISTIANO el lenitivo y apoyo justo que se nos negaba.”<sup>10</sup>

Entre las figuras del exilio vasco en Argentina, se destacó Pedro de Basaldúa, representante del gobierno vasco en el exilio, que jugó un papel central en la revista, así como en la articulación de grupos democristianos sudamericanos en la inmediata posguerra (Zanca 2009). Basaldúa era un escritor vizcaíno, nacido en Barakaldo el 15 de abril de 1906. Participó en distintas instancias periodísticas y políticas, siempre vinculado al nacionalismo vasco y a la acción socialcristiana. Al finalizar la Guerra Civil, hizo el tortuoso recorrido de tantos exiliados y recaló en playas argentinas en 1942. Fue un nexo entre los distintos grupos democristianos sudamericanos. En sus viajes se contactaba con la Falange chilena, grupo democristiano liderado por Eduardo Frei y con el senador de la Unión Cívica de Uruguay, Dardo Regules. En Argentina, su apoyatura era Manuel Ordóñez y el grupo de notables reunidos en la revista *Orden Cristiano* desde fines de 1941: Rafael Pividal, Augusto Durelli, Manuel Río, Eugenia Silveyra de Oyuela, Angélica Fuselli, entre otros. Fuera de ese grupo, monseñor de Andrea era también frecuentado por Basaldúa; y en los actos que el obispo realizaba, siempre intentaba que la delegación vasca pudiera aparecer diferenciada de la española.

9 Rafael Pividal, 1941. *Orden Cristiano*, *Orden Cristiano*, n° 1, 15 de septiembre, pp. 3-4.

10 1947. Voces de Aliento, *Orden Cristiano*, n° 146, segunda quincena de noviembre, p. 80.

Dejando de lado hipótesis conspirativas, tanto el presidente vasco, José Antonio Aguirre, como Basaldúa se alinearon con la política de los Estados Unidos hacia Latinoamérica, una estrategia que, en el siglo XX, parece haber tenido muy en cuenta el componente religioso de su población. Por otro lado, Basaldúa fue el gestor del primer encuentro de grupos democristianos sudamericanos en Montevideo en 1947. En su correspondencia con Aguirre, demuestra tener un claro control sobre la línea editorial de *Orden Cristiano*. Por lo menos hasta principios de los cincuenta, el eje de la actividad de Basaldúa giraba en torno a la construcción de lo que él entendía era un modelo alternativo de cristianismo, sintetizado en la noción de *democracia cristiana*. Las elites católicas sudamericanas le parecían profundamente hostiles a esta corriente, tanto en el caso de la jerarquía como entre los laicos. Evidentemente la “hispanidad”, como alternativa y en oposición al panamericanismo propagado por los norteamericanos, tenía más éxito entre los católicos de este lado del continente. Así lo expresa, en carta a Aguirre:

...hace unos meses, a petición de Mons. Franceschi y por órdenes superiores, reunidos todos los grupos demócratas católicos, incluso los femeninos, se intentó salir al paso del sambenito que tiene y lleva pacientemente la Iglesia argentina por la insensatez de la mayoría de sus miembros, creando una organización que sin entrar mucho en el terreno político agita los sectores católicos en un sentido demócrata. Se designó tras no pocas reuniones una Comisión Ejecutiva para toda la Argentina. Estaba integrada por tres personas; yo entre ellas. Pero nada pudo hacerse. Porque era lógico que actuáramos en los medios católicos y en las organizaciones dependientes de la Iglesia y contáramos ya que no con una colaboración decidida de sus dirigentes o al menos del Episcopado, como se nos había prometido seriamente, por lo menos con una pasividad y tolerancia. Fue todo lo contrario. [...] Creo que es tarde y que la oportunidad pasó. La labor máxima nuestra ahora la realizamos desde *Orden Cristiano*.<sup>11</sup>

Sin embargo, los mismos franquistas reconocían que su concepción del “Estado católico” perdía adeptos en Sudamérica por la acción de los vascos. Ernesto La Orden señalaba, en 1945, que la mala opinión que se tenía sobre España era producto de

...el influjo de los vascos. Los vascos son en el Río de la Plata, en ambas orillas, la colectividad más respetada y más prestigiosa; todos los demás españoles somos para ellos ‘gallegos’, aunque uno diga que es andaluz. Los vascos, en cambio, poseen una personalidad propia, ayudados por los vascos franceses, que son abundantes [...] Y claro, como por desgracia estos vascos, los que allí vivían y los que han llegado después, son enemigos del Movimiento Nacional en su inmensa mayoría y se mantienen bastante unidos y activos, hacen daño; porque desde el punto de vista católico contemporáneo, su doctrina rima muy bien con la de Maritain.<sup>12</sup>

A pesar de la presencia del nacionalismo antifranquista en la prestigiosa comunidad vasca, la alianza entre Perón y Franco (funcional a los intereses norteamericanos) reforzó un clima de persecución dentro del campo católico. Los exiliados eran controlados, no sólo por las rutinarias instituciones gubernamentales: también la embajada de la

11 Basaldúa a José A. Aguirre, 16 de septiembre de 1946, AN-GE-654-1.

12 El catolicismo en Uruguay. Conferencia de Ernesto La Orden en el Círculo de Estudios de Madrid, AN-EB13-85-3.

“Nueva España” se preocupaba de evitar campañas contra el gobierno del general Franco. Basaldúa le comentaba a Aguirre en 1947:

...creo que no es conveniente, dada nuestra posición y teniendo en cuenta la labor que realizamos cerca de algunos medios oficiales, la crítica a Perón, Evita o al peronismo en general, en cartas y en Euzko Deya de París. No digo que se suprima el ataque, pero al menos no se remita a Buenos Aires por correo normal, como se viene haciendo hasta ahora. Yo que estoy al frente de ORDEN CRISTIANO, no creo se me achaque pusilanimidad al respecto....<sup>13</sup>

Al tiempo que los redactores de *Orden Cristiano* cuestionaban el nacionalismo en nombre de la obediencia que se debía a la palabra del Papa, como laicos definían qué voces escuchar y qué tipo de cristianismo defender. Erigidos en jueces del verdadero cristianismo, no podían disimular que ejercían una clásica y añeja versión del anticlericalismo (Remond 1976, Di Stefano 2010). Se trataba, claro, de un anticlericalismo católico –¿o tal vez sería más correcto llamarlo *cristiano*?– que, como otros de su especie, enjuiciaba desde la llanura del laicado a las encumbradas autoridades, exigiéndoles el martirio en nombre de la verdad. Ese anticlericalismo no cuestionaba la existencia del orden clerical, pero otorgaba a los laicos la potestad de juzgarlo, de definirlo, de interpelarlo. Desacralizaba el rol del sacerdote tridentino, poniendo sus palabras y sus acciones en la picota, cuestionando su moral, caricaturizando sus ideas y sus gestos. Basaldúa utilizaba las palabras de monseñor Franceschi para rebatir el régimen franquista. El sacerdote se había preguntado en *Criterio* si se le podía citar, dentro de la URSS, “...un solo periódico opositor al comunismo, un solo organismo contrario a este régimen, un solo escritor que esté en condiciones de publicar un libro sin el visto bueno del gobierno...”. Para Basaldúa la misma pregunta podía aplicarse al régimen de Franco, dado que esa era “doctrina de la Iglesia, y debe ser aplicada por igual a amigos y enemigos, a rojos y blancos. Ante la Ley las amistades y los coloridos carecen de valor”.<sup>14</sup>

Cuando finalizó la Segunda Guerra y el Arzobispo de Toledo y primado de España, Pla y Deniel, defendió al franquismo contra la política de aislamiento de los aliados, Pedro de Basaldúa lo cuestionó en una serie de extensas notas, mencionando sus falacias y revelando la “verdadera” situación religiosa española. Para Basaldúa “el Arzobispo y Primado ha hecho uso de un derecho cívico y que ha podido hacerlo porque así convenía a los intereses políticos del régimen franquista. Derecho es ese que también nosotros, seculares y simples miembros del cuerpo de la Iglesia Católica, nos corresponde”. Para Basaldúa, el principal pecado de la jerarquía durante el alzamiento había sido el silencio frente a los crímenes –en particular en territorio vasco–, que se justificaba sólo privilegiando las necesidades políticas a las evangélicas:

El silencio fue norma impuesta. Calló el Boletín eclesiástico de la diócesis correspondiente, calló ‘L’Osservatore Romano’ y calló el episcopado español en aquella carta colectiva dirigida al epis-

13 Basaldúa a José A. Aguirre, 4 de agosto de 1947, AN-GE-654-1.

14 Pedro de Basaldúa, 1945. Penetrando a fondo en la ‘cruzada Española’, *Orden Cristiano*, n° 98, segunda quincena de octubre, p. 29.

copado del mundo entero, a pesar de su 'carácter histórico'. No convenía hablar dado el fin que se perseguía con ese documento. No era un fin disciplinario o docente, sino un fin político.<sup>15</sup>

En mayo de 1946, el círculo de católicos que publicaban en *Orden Cristiano* envió un telegrama al presidente José Antonio Aguirre con motivo de cumplirse nueve años del bombardeo de Guernica. Allí manifestaban su fraternal simpatía al "cristiano pueblo vasco", atacado por las tropas del Gral. Franco, con la complicidad de sus aliados nazistas y fascistas". Entre las firmas, se incluían hombres y mujeres del antifascismo católico de los años cuarenta: Alberto e Ignacio Vélez Funes, Horacio J. Peña, Oscar Puigróss, Moisés Álvarez Lijo, Augusto Durelli, Isabel Giménez Bustamante, Eduardo Krapf, Ambrosio Romero Carranza y Manuel Río, entre otros.

El protagonismo que el exilio vasco tenía en *Orden Cristiano*, cuestionando el modelo político español, tendría consecuencias disciplinarias dentro de la Iglesia. Los vascos sufrieron el acoso, en un contexto general de persecución de disidentes, en algunas diócesis, como la de Santa Fe, conducida por el obispo Antonio Caggiano. Basaldúa citaba un interesante choque, producto del pedido de transferencia por parte del sacerdote vasco, José Vidaurreta:

...su obispo era el actual cardenal Caggiano, el único obispo de la Argentina que prohibió en su Diócesis la entrada de cualquier sacerdote vasco. Para que Vidaurreta pudiera acceder a una transferencia, Caggiano le exigió que se desvincule en absoluto del grupo *Orden Cristiano*, que no colabore con ellos, directa o indirectamente; que se desvincule igualmente de toda actividad con los vascos [...] En cuanto a *Orden Cristiano*, atacó la labor que personalmente he venido realizando sobre la cuestión española ya que me he puesto en 'rebeldía' contra la jerarquía española, bendecida por el Papa. [...] Vidaurreta le advirtió que, sin embargo, había sido yo llamado por un obispo para formar dirigentes de la Acción Católica, para fundar el secretariado Económico Social de la AC, etc. A lo que respondió el cardenal que en todo caso, yo no podía hacerlo en su diócesis. Recuerdo que en otra oportunidad, al decirle el director de la Revista que yo estaba a su disposición para justificar mi posición y documentar las afirmaciones hechas públicas, le contestó que no ponía en duda la verdad de mis escritos, pero que entre Basaldúa y Episcopado español se quedaba con la opinión de éste.<sup>16</sup>

Quedaba claro que las diferencias entre los nacionalistas católicos vascos y el gobierno de España no se reducían sólo al régimen de autonomía, sino que se dibujaba entre ellos una frontera sobre la concepción de la religión en la sociedad moderna. ¿Había tenido éxito la iglesia española? ¿Su alianza con el franquismo –reforzada desde 1945– había devuelto los sectores populares al redil del catolicismo? Basaldúa ponía en duda que España fuera, en términos profundos, un país cristiano.

En esta revista han venido apareciendo documentos de extraordinaria importancia en relación a la precaria situación religiosa en España [...] Las manifestaciones religiosas deben surgir de la voluntad y la convicción, del espíritu libre, no del reclutamiento forzado o de la hipocresía colectiva por el 'bien parecer' o los ascensos serviles. Quien

15 Pedro de Basaldúa, 1945. Toda la verdad debe decirse. Comentarios y reflexiones a la carta pastoral del primado de España, *Orden Cristiano*, 99, segunda quincena de noviembre, pp. 164-167.

16 Basaldúa a José A. Aguirre, 5 de septiembre de 1952, AN-GE-654-1.

en los regímenes de fuerza no sepa ver este distingo fundamental, jamás podrá conocer lo que con timidez cobarde o con audacia procaz ocultan los entretelones. Y se deslumbrará emocionado y conmovido por una eterna u sacrilega farsa.<sup>17</sup>

Es en el clima de la Guerra Fría que se dividieron las aguas entre los católicos aliadofilos frente al régimen de Franco. En el juego de estrategias de los Estados Unidos, sus vínculos con el gobierno del “Generalísimo” se solidificaron al subordinarse éste a la política anticomunista que se diseñaba desde Washington para Europa. Richard Pattee, un publicista norteamericano en la América Latina católica, luego de haber denunciado al fascismo durante la contienda y haberse apoyado en las redes del exilio vasco, cambió su posición frente al régimen franquista. Así lo señalaba Basaldúa, al comentarle a Aguirre que Pattee intentaba llevar adelante un congreso anticomunista en Río de Janeiro. Con ese fin se había comunicado con el demócrata cristiano uruguayo Dardo Regules, solicitándole nombres de posibles expositores:

Antes que nada ha quedado Regules en escribir a Pattee para decirle que después de su viaje por España y los cantos encomiásticos que ha dispensado al franquismo, está desautorizado para toda gestión en ese aspecto y que su primer medida es hacer pública confesión de condena o no simpatía a Franco. Está muy receloso de lo que puede ser maniobra anti demócrata con ribetes de ‘anticomunista’. En este mismo sentido he escrito a Chile para estar en previsión.<sup>18</sup>

Julius Diesenberg, desde Chile y en el mismo sentido, advertía desde las páginas de *Orden Cristiano* el peligro de que el catolicismo latinoamericano cayera en un “reaccionarismo”. La tentación de laicos y clérigos era “hacer más soportable y cómoda esa carga pesada de la cruz de Cristo con ayuda de la fuerza del estado autoritario”. Para esos católicos, que se “sienten lisonjeados al saberse protegidos en una nación donde su credo es declarado religión de estado”, es natural que la España del general Franco constituya un “Estado modelo”. Allí los católicos eran cómplices de una “dictadura que oprime en nombre de Cristo y ejecuta bajo las insignias de la cruz”.<sup>19</sup>

El mismo Pedro de Basaldúa asumiría una militancia anticomunista. Formó parte del comité argentino del Congreso por la Libertad de Cultura, una agrupación internacional de intelectuales organizada con financiamiento de las agencias estatales norteamericanas (Nállim 2014). En 1962 publicó *El comunismo en Latinoamérica*, en donde denunciaba la situación social que vivía el continente, un contexto ideal para la derrota de las democracias frente al totalitarismo (Basaldúa 1962). A los factores socioeconómicos, Basaldúa sumaba los espirituales: la población latinoamericana era sólo en apariencia católica: la ratio de sacerdotes por habitante era varias veces menor que la europea y el porcentaje de adultos que morían sin los sacramentos ascendía al cincuenta por

17 Pedro de Basaldúa, 1947. ¿Hay en España ‘crisis’ del catolicismo?, *Orden Cristiano*, n° 92, 15 de julio, p. 781.

18 Basaldúa a José A. Aguirre, 23 de enero de 1948, AN-GE-654-1.

19 Julius Diesenberg, 1947. La gran tentación para un catolicismo reaccionario, *Orden Cristiano*, n° 90, 5 de junio, p. 739.

ciento. Después de su asunción como representante de la delegación argentina del gobierno vasco en el exilio a principios de los años cincuenta, Basaldúa centró su tarea en el desarrollo de los lazos comunitarios, en la difusión cultural del vasquismo y en la formación de más centros en el interior del país. No desapareció su rol como conferencista en los grupos democristianos, pero –como sabemos– éstos ya habían tomado vida propia, e incluso muchos de ellos adoptaron una forma partidaria concreta.

#### REFLEXIONES FINALES

Más allá de sus obvias diferencias ideológicas con el resto de la prensa católica de la entreguerras, ¿qué elementos aportó a *Orden Cristiano* la presencia del exilio vasco? Recordemos que la revista ubicó a los laicos en el centro del debate religioso. La jerarquía había creado ese espacio de militancia, había reunido en la Acción Católica y sus ramas a jóvenes, hombres y mujeres. De alguna manera, los había incorporado a la política a través de su encuadramiento en instituciones religiosas. *Orden Cristiano* reveló sus diferencias internas. Y lo hizo de una manera clara y descarnada. La revista existió porque previamente existía un universo de potenciales lectores y, sobre todo, por la existencia de un vector religioso instalado en el debate público en el que distintos actores se veían casi obligados a participar. La polémica con otros católicos le permitía a *Orden Cristiano* cuestionar la imagen que la jerarquía intentaba transmitir: la de un movimiento homogéneo y obediente a sus jefes. Por el contrario, y más allá del peso específico de la publicación, su tiraje y las resistencias que generó, lo destacable es que la revista nunca pasó desapercibida para los intelectuales católicos de la época.

*Orden Cristiano* adoptó el papel de juez. Construyó un criterio de evaluación de conductas y juzgó a laicos y sacerdotes, a autoridades políticas y partidarias. Sustituyó en su función a la jerarquía, a la que indisimuladamente creía engañada o, en el peor de los casos, cómplice de los fascistas argentinos. Definía quiénes eran los buenos y malos sacerdotes. El ejercicio de esta censura invertía las relaciones de autoridad dentro de la cultura católica. Cuestionaba, en forma implícita, la discursividad de la cristiandad; no porque faltaran antecedentes de este juicio por parte de los laicos, sino porque esta interpelación se hacía por escrito, en forma pública. No se trataba de las reglas tradicionales del orden eclesial, un conjunto de vínculos reglados por la obediencia y la sumisión. Se trataba de una forma netamente moderna de acción, por la cual se apelaba a la opinión pública para convencerla de ser el instrumento de una interpelación, en escala mayor, hacia la propia jerarquía. Lo moderno de esta acción chocaba, necesariamente, con el sistema de obligaciones que formaban la configuración social del catolicismo.

*Orden Cristiano* fue un nodo relevante de una red internacional de intelectuales y militantes católicos. Esta trama estaba unida por su posición antifascista y movilizó una novedosa sociabilidad latinoamericana entre quienes empezaban a reconocerse como portadores de un conjunto de ideas similares. El humanismo cristiano o personalismo aparecía para estos intelectuales como una tercera vía democrática entre el

liberalismo y el comunismo. Pero durante la guerra, el rostro antifascista se imponía a los otros. Se trataba de reunir las simpatías aliadófilas para mostrar que la iglesia en su conjunto estaba lejos de ser neutral. Esa red convertía a los hombres y mujeres de *Orden Cristiano* en jugadores de una partida mucho más amplia y compleja. Las notas de la revista se reproducían en Chile, Cuba, Uruguay. A su vez, la voz de personalistas de diferentes países latinoamericanos aparecía en la publicación junto a la de los argentinos.

La actividad del exilio vasco repercutió en muchos sentidos en la formación de grupos democristianos en Argentina. En términos simbólicos, el nacionalismo vasco mostraba un movimiento político confesional que rehusaba ser un simple apéndice de las necesidades eclesíásticas. El contexto de la Guerra Civil había exigido una definición del tal nacionalismo, que se hizo en función del programa político, más allá de las dudas y las cavilaciones que existieron en la dirigencia del PNV antes, durante y al finalizar la guerra, respecto a sus aliados y al papel que jugarían en la Segunda Guerra Mundial como apoyatura de los Estados Unidos.

La presencia de los exiliados vascos mantuvo en pie la crítica al régimen franquista. Cuando otros sectores del catolicismo latinoamericano veían en el mantenimiento de Franco en el poder una poderosa barrera para frenar el comunismo, los vascos utilizaron a su envejecido régimen para construir una imagen alternativa del catolicismo. Si el franquismo fue el epítome de la fusión de la cruz y la espada, el ejemplo que servía a intelectuales católicos nacionalistas como Julio Meinvielle para demostrar que la cristiandad podía tener vigencia efectiva en el marco de la modernidad, el exilio vasco lo utilizó como un espejo para construir una imagen invertida.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE Y LEUCUBE, José Antonio, 1943. *De Guernica a Nueva York, pasando por Berlín*. Buenos Aires: Editorial Vasca Ekin.
- AIZPURU MURUA, Mikel, 2001. *El Partido Nacionalista Vasco en Guipúzcoa (1893-1923). Orígenes, organización y actuación política*. Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.
- ÁLVAREZ BOLADO, Alfonso, 1995. *Para ganar la guerra, para ganar la paz: Iglesia y guerra civil (1936-1939)*. Madrid: Universidad Pontificia de Comillas.
- ANÓNIMO, 1938. *Informe sobre la guerra civil en el País Vasco*. Buenos Aires: Amorrortu. 1938.
- AZPIAZU, Iñaki de, 1957. *El caso del clero vasco. Conferencia pronunciada en el centro Laurak-Bat*. Buenos Aires: s/e.
- 1964. *Siete meses y siete días en la España de Franco*. Buenos Aires: Gudari.
- BASALDÚA, Pedro de, 1943. *Con los alemanes en París. Páginas de un diario*. Buenos Aires: Editorial Vasca Ekin.
- 1962. *El comunismo en Latinoamérica*. Buenos Aires: Ediciones Diagrama.
- CÁNDANO, Xuan, 2006. *El pacto de Santoña (1937). La rendición del nacionalismo vasco al fascismo*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- COMELLAS AGUIRREZABAL, María, 1999. El estallido de la guerra civil española en la prensa argentina, *Res Gesta*, nº 31, pp. 33-48.
- DE LA GRANJA, José Luis, 1995. *El nacionalismo vasco: un siglo de historia*. Madrid: Tecnos.

- 2008. *Nacionalismo y II República en el país vasco: Estatutos de autonomía, partidos y elecciones: historia de acción nacionalista vasca, 1930-1936*. Madrid: Siglo XXI.
- DURELLI, Augusto J., 1940. *El nacionalismo frente al cristianismo*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- FIGALLO, Beatriz, 1996. *La Argentina ante la Guerra Civil Española: el asilo diplomático y el asilo naval*. Buenos Aires: UCA.
- FUSI AIZPURUA, Juan Pablo, 1986. El país vasco: el largo camino hacia la autonomía. En Preston, Paul. *Revolución y guerra en España (1931-1939)*. Madrid: Alianza.
- GAROSCI, Aldo, 1959. *Gli intellettuali e la guerra di Spagna*. Milán: Einaudi.
- GOLDAR, Ernesto, 1996. *Los argentinos y la Guerra civil española*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- MARITAIN, Jacques, 1939. *Acción Católica y Acción Política*. Buenos Aires: Losada.
- MARQUINA BARRIO, Antonio, 1982. *La diplomacia vaticana y la España de Franco (1936-1939)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- MEES, Ludger, 2003. *Nationalism, violence and democracy: the Basque clash of identities*. New York: Palgrave Macmillan.
- NÁLLIM, Jorge, 2014. Intelectuales y Guerra Fría: el Congreso por la Libertad de la Cultura en Argentina y Chile, 1950-1964. En *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, n° 14, pp. 1-25.
- NÚÑEZ SEIXAS, Xosé, 2006. *¡Fuera el invasor!: nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*. Madrid: Marcial Pons.
- ONAINDIA, Antonio de, 1973. *Hombre de paz en la guerra (2 Vol.)*. Buenos Aires: Editorial Vasca Ekin.
- PÉREZ-AGOTE, Alfonso (Ed.), 1989. *Sociología del nacionalismo*. Bilbao: Universidad del País Vasco.
- QUIJADA, Mónica, 1991. *Aires de república, aires de cruzada: la guerra civil española en Argentina*. Barcelona: Sendai.
- REDONDO, Gonzalo, 1993. *Historia de la Iglesia en España, 1931-1939. La Guerra Civil 1936-1939*. Madrid: Rialp.
- REIN, Raanan, 1997. Otro escenario de lucha: franquistas y antifranquistas en la Argentina (1936-1949). En Klich, Ignacio; Rapaport, Mario (Ed.). *Discriminación y racismo en América Latina*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- SCHWARTZSTEIN, Dora, 2001. *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina*. Barcelona: Crítica.
- SENKMAN, Leonardo, 1997. La Argentina neutral de 1940 ante los refugiados españoles y judíos. En Klich, Ignacio; Rapaport, Mario (Ed.). *Discriminación y racismo en América Latina*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- TUSELL, Javier y Genoveva GARCÍA QUEIPO DEL LLANO, 1990. *Los intelectuales y la República*. Madrid: Ne-rea.
- 1993. *El catolicismo mundial y la guerra de España*. Madrid: BAC.
- TUSELL, Javier, 1984. *Franco y los católicos: la política interior española entre 1945 y 1957*. Madrid: Alianza.
- URÍA, Ignacio, 2011. *Iglesia y revolución en Cuba*. Madrid: Encuentro Ediciones.
- TRIFONE, Víctor y Gustavo SVARZMAN, 1993. *La repercusión de la guerra civil en la Argentina (1936-1939)*. Buenos Aires: CEAL.
- TUÑÓN, Raúl González, 1936. *8 documentos de hoy*. Buenos Aires: s/f.
- ZANCA, José, 2013. *Cristianos antifascistas: conflictos en la cultura católica argentina, 1936-1959*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- 2014. Jacques Maritain en Buenos Aires: la cita envenenada. En Bruno, Paula (Comp.). *Visitas culturales. Argentina, 1890-1930*. Buenos Aires: Biblos.